

## *Brugmansia sanguinea*: el aliento del diablo en la trompeta de ángel

*La fruta del borrachero*

INGRID ROJAS CONTRERAS

GUILLERMO SÁNCHEZ ARREOLA

(traducción)

Impedimenta, Madrid, 2019, 410 pp.

*LA FRUTA del borrachero* es una novela acerca de la convulsionada Colombia de la última década del siglo XX, aquel mundo violento de secuestros, bombas, desplazamientos forzados y asesinatos, pero es también algo más: una voz nueva, diestra y muy bella, dotada de una afinada sensibilidad para crear atmósferas sugestivas y así renovar los lugares tantas veces visitados de la historia reciente del país. La novela está inspirada en la experiencia personal de la autora, Ingrid Rojas Contreras, quien tuvo que emigrar a los Estados Unidos con su familia cuando era niña, debido a la situación de violencia en Colombia. Esta es su primera novela, pero está lejos de ser su debut. Rojas Contreras ha obtenido numerosos reconocimientos por sus cuentos y ensayos en los Estados Unidos, donde vive y trabaja. En Colombia se la conoce poco porque escribe en inglés. *La fruta del borrachero*, originalmente *Fruit of the Drunken Tree*, fue traducida al español por el mexicano Guillermo Sánchez Arreola y publicada por la editorial española Impedimenta. La traducción es muy buena y logra que uno se sienta leyendo la novela en su versión original. Rojas Contreras ha dicho en un par de entrevistas que, cuando la estaba escribiendo, las frases se le ocurrían en español y después las traducía al inglés. Y luego está la cuidadosa traducción al español de Sánchez Arreola, que la autora supervisó para asegurarse de que el resultado fuera un español muy colombiano. Expresiones como “parecía que mamá andaba siempre parando oreja” (p. 193) dan cuenta de ello y llevan a preguntarse cómo será el original en inglés. ¿Estará escrita también en un inglés muy colombiano?, ¿cómo se dice “parar oreja” en inglés?

La novela está narrada a través del contrapunteo de voces de sus dos

protagonistas: de un lado está Chula, una niña de siete años de la clase media bogotana que vive con su familia en un conjunto cerrado de la capital; del otro, Petrona, un poco mayor, que trabaja como empleada doméstica en la casa de Chula para sostener a su madre y sus hermanos, campesinos boyacenses desplazados por la violencia, que viven en los cerros. Las voces de Chula y de Petrona son muy distintas. La de Petrona es seca, desencantada, pobre; la de Chula es alegre y exuberante, rica en descripciones y reflexiones. Las dos tienen buenos sentimientos, pero la oscuridad y la confusión en torno a ellas alteran una y otra vez su compás emocional. Para Chula las cosas son como son. No se cuestiona nunca por qué hay guerrilla, por qué secuestran a la gente, por qué hay gente como Petrona que tiene poco y malvive en los cerros, por qué Pablo Escobar pone bombas o por qué hay cortes de luz y de agua.

Rojas Contreras recrea muy bien el estado emocional de la infancia, una sensación incesante de apertura y maleabilidad, de vulnerabilidad y constante influjo sensorial:

Papá levantó los brazos y se marchó. Nos reunió a Tica, a Memo, a Cassandra y a mí, y pasamos el día chupando hielo y doblando abanicos hechos con papel. Traíamos puestos nuestros trajes de baño y nos mojamos y nos paramos directamente frente al ventilador. De inmediato nos sentimos mejor. Cassandra y yo le hablamos a Tica y a Memo a través del zumbido del ventilador. A través del ventilador nuestras voces se convirtieron en voces extraterrestres. Cantamos: “Arroz con leche me quiero casar... con una señorita de la capital”. (p. 137)

Es interesante la ambigua condición social de la familia de Chula. Son ciudadanos pero provienen del campo; en comparación con Petrona son ricos, pero detestan a una vecina a la que las niñas se refieren como “la oligarca” porque la suya es la casa más grande del conjunto. Son ricos que no salen de casa por temor a las bombas, ricos que deben ir a buscar agua a un pozo y no tienen energía eléctrica en su hogar. Mejor dicho, son ricos de un país precario, o lo que es lo mismo: son pobres con mucho que perder. Petrona en

cambio cree, y se equivoca, que ya lo ha perdido todo y por eso se ríe cuando Chula le pregunta cómo es que ella y su familia permanecen a salvo del horror que parece reptar por todo el país.

Entre Chula y Petrona surgirá una amistad llena de equívocos, tensa e inquietante. Hasta cierto punto esta novela se parece a la película *Roma*, del mexicano Alfonso Cuarón, pero la segunda se queda corta; es decir, en la mirada crítica acerca de las dinámicas de opresión y privilegio de una sociedad, la primera sale airosa.

Los mundos de Chula y Petrona están separados por muros invisibles, pero una avalancha que el lector ha venido previendo desde un principio se encargará de echarlos abajo, ocasionando así un doloroso desenlace, y tanto Chula como Petrona abrirán los ojos a la magnitud de la tragedia social del país.

“Despertar” es la palabra clave de esta novela. El borrachero adormece, priva de la voluntad, pero el daño viene después, cuando pasa su efecto y se hace un esfuerzo por recordar. No es sino hasta que la tragedia ha caído sobre Chula y su familia que ella comprende la razón de ser del silencio de Petrona, que la obsesionaba desde cuando la conoció. La desgracia se convierte en su denominador común: “Pensaba en Petrona. Entendía de un modo que no podía hacerlo cuando yo era niña y nada malo me había ocurrido. El silencio me subía desde los cólicos del estómago y se detenía en mi garganta” (p. 373).

Finalmente, la familia Santiago tendrá que abandonar Colombia y buscar refugio en Los Ángeles. Allí Chula encontrará sembrado por todas partes el borrachero que tenían en casa y con el que Petrona se intoxicó alguna vez, pero más pequeño, como el remanente de un destino maligno que los ha seguido hasta allá: “Los indígenas lo llamaban ‘el aliento del diablo’ porque, cuando uno se exponía a él, te arrebatava el alma y te convertías en la cáscara de una persona” (p. 368), dice Chula.

En el borrachero (*Brugmansia sanguinea*), también conocido como “trompeta de ángel” y “aliento del diablo”, Rojas Contreras ha dado con un estupendo símbolo del país del que se vio forzada a huir: algo muy bello, de exuberantes florescencias y

embriagante aroma, que enmascara un veneno persistente, capaz de emborronar la memoria y alienar la voluntad.

**Santiago Cepeda**